

ANNALYDA ALVAREZ-CALDERON GERBOLINI
JOSEPH DAGER ALVA • ANTONIO ESPINOZA RUIZ
ROSA MARIA MACERA ZEVALLOS • SUSIE MINCHIN LEME
SOLEDAD OLAECHEA PARDO
NATHALIE DE TRAZEGNIES THORNE
- COMPILADORES -

La Historia del Perú en la Revista de la Universidad Católica

Capítulo 10



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1993

Edición preparada por:

Annalyda Alvarez-Calderón Gerbolini

Joseph Dager Alva

Antonio Espinoza Ruiz

Rosa María Macera Zevallos

Susie Minchin Leme

Soledad Olaechea Pardo

Nathalie de Trazegnies Thorne

Dirigida por:

Franklin Pease G. Y.

La Historia del Perú en la Revista de la Universidad Católica

Cubierta: Instituto Riva-Agüero

1966

Foto por José Gushiken

Archivo de la Pontificia Universidad
Católica del Perú.

© 1993, por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel. Apartado 1761, Lima, Perú. Tefs. 626390 y 622540, anexo 220.

ISBN 84-89309-62-0

Derechos Reservados

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

HUMANISMO Y ESPECIALIZACION

Por *ONORIO FERRERO*

Discurso de Orden Pronunciado en
la Ceremonia de Apertura del Año Aca-
démico de 1959.

Tenemos que confesar que no hemos medido nuestras escasas fuerzas para incursionar en un terreno tan resbaladizo cual es el de la cultura actual en su crisis. Más bien hemos examinado la rectitud de nuestra intención confirmada por nuestra disposición habitual que consiste en no querer sacrificar a unos ídolos de moda la auténtica tradición que consideramos como lo mejor de nuestro patrimonio espiritual e intelectual. Pero, al mismo tiempo en que rechazamos la obligación de seguir una corriente sin previo examen de la meta hacia la cual parece dirigirse, tampoco queremos tomar la actitud de unos "laudatores temporis acti" en el sentido de aplicar a nuestra realidad actual, criterios aptos para otros climas históricos, lo que constituye en nuestro concepto, una manera bastante cómoda de simplificar lo que se presenta como muy complejo, además de representar una evasión del campo de aquellas responsabilidades que no podemos eludir, como miembros de la sociedad humana actual, en la cual estamos históricamente situados, aunque ésto parezca no estar conforme con nuestra manera de ver las cosas.

Existe todavía una ineludible premisa, la que consiste en la afirmación que en el campo de la cultura, como en cualquier otro campo, no estamos dispuestos a aceptar unas pretendidas verdades en flagrante contradicción con las Verdades Eternas contenidas en la Revelación; pues lo que a veces se presenta como la "última palabra" de la ciencia, y que a pesar de que muchos la acepten dogmáticamente, tiene por lo general vida muy corta, lo que exige un constante esfuerzo para estar al día —como se suele decir— estas "penúltimas palabras" y ciertas

“*verdades provisionales*”, están en otro nivel, en otra esfera que las “palabras que no pasaran” de las cuales se habla en los Evangelios.

De otro lado, el mismo misterio que permanece para la razón y las investigaciones del hombre, rodeando el origen de todas las cosas y de la cultura misma y que no se resuelve juntando hipotéticas teorías contradictorias que nunca podrán probarse demuestra la necesidad de la Revelación.

El hombre moderno a veces parece haberse olvidado esta verdad fundamental. Bien dice Christopher Dawson:

“En nuestra civilización el significado primario de la palabra “cultura” ha sido siempre el del cultivo de la mente por medio de las formas superiores de la educación, de modo que el hombre culto era el que estaba familiarizado en general con la tradición clásica de la literatura del saber. Sin embargo en todas las otras grandes civilizaciones del Viejo Mundo, la Religión y la cultura intelectual han sido prácticamente inseparables, porque la tradición de la civilización era también la tradición de una religión particular y los libros sagrados de aquella tradición fueron tema de estudios básicos y clásicos de toda la clase educada”.

En realidad, la crisis de la cultura actual la que se hace sentir tan intensamente en todos los aspectos de nuestra vida individual y social, se ha iniciado en Occidente con la separación de la cultura oficial de la Revelación y de la Tradición, y no por azar la palabra *crisis* significa también *separación*. La cultura se ha encontrado alejada de sus propios principios espirituales y su equilibrio ha resultado comprometido. Perdida la estabilidad y el principio unitario, se ha desintegrado y sus componentes han entrado en un proceso dinámico por el cual muchas veces han llegado a luchar entre sí, perdiendo paulatinamente la conciencia de su unidad primordial y han producido a menudo resultados muy distintos de los que buscaban. Este carácter caótico se explica muy bien si se piensa al sentido anárquico —desprovisto de principios— que informó muchas manifestaciones del pensamiento moderno a partir del Siglo XV en el cual las primeras aplicaciones técnicas produjeron la etapa inicial de la transformación de la cultura europea.

Tenemos que reconocer de otro lado que el suceder histórico desde el Siglo XV hasta hoy nos atestigua que el ritmo de nuestra civilización ha seguido manifestando el desarrollo ulterior de estos caracteres, y que por ejemplo el progreso tecnológico —que por supuesto no es posible condenar en sí, en cuanto en si mismo no tiene ninguna significación y

por tanto es ambivalente debido a su naturaleza material e instrumental—ha transformado profundamente las condiciones de vida de gran parte de la sociedad humana, sea en lo económico que en lo político, sea en lo psicológico que en lo social. Hoy, la naturaleza de algunas aplicaciones extremas, como las armas nucleares, ha llegado a constituir legítimo motivo de alarma, no tanto porque aquellas armas evidencian la capacidad de destruir la misma tecnología que las ha producido, cuanto porque con ellas se ha llegado al punto de hacer peligrar hasta la existencia de la civilización.

Este desequilibrio entonces nos resulta ahora evidente y si ha venido para frustrar muchos optimismos irreflexivos, nos ofrece sin embargo un tema de meditación. Desde el momento en que las aplicaciones de la ciencia ya no tienen ninguna vinculación con unos principios superiores de orden religioso y moral, este progreso puede volverse algo monstruoso y satánico, como lo sugiere aquella rara intuición de un anónimo artista Mochica autor de un fresco en la Pirámide de la Luna existente en el valle de Moche, que representa los artefactos de guerra que se rebelan a los hombres que los construyeron y los persiguen para aniquilarlos.

Pero, de otro lado, la naturaleza puramente instrumental del progreso tecnológico ofrece la posibilidad de una más atinada utilización de los maravillosos medios que el ingenio humano supo crear, lo que puede significar la realización de verdaderos beneficios para la sociedad humana. Depende únicamente de que se vuelva a encontrar esa armonía y esa unidad extraviadas, para que el rumbo que se da a este progreso no se resuelva en un suicidio colectivo.

Si meditamos sobre este punto, buscando las causas de esta crisis que es la única responsable de unas consecuencias tan amenazadoras para nuestra misma existencia y para aquellas de nuestros hijos, vemos con toda claridad, que estas causas deben buscarse en hechos de naturaleza cultural, como con desarrollo de algunas ideas que han tenido a lo largo de la historia una extraordinaria fuerza de expansión, tal vez en razón inversa a su falta de profundidad, las que todavía permitiéndolo la divina Providencia y favorecidas por unas circunstancias determinadas, han creado un orden de cosas que se ha impuesto al hombre como un estado de necesidad, pues no le ha consentido la posibilidad de volver atrás, y ha terminado influyendo también en su misma mentalidad, e induciéndolo a buscar nuevos rumbos culturales.

Es cierto que el progreso tecnológico parece haber desplazado en

parte de su legítimo asiento a la ciencia pura, a pesar de que la tecnología es hija de ella, en el sentido de que las investigaciones científicas se han concentrado en manera especial sobre estas aplicaciones en vista de las ventajas materiales que presentan los resultados prácticos e inmediatos.

Aquí estriba esencialmente el peligro más grave para la cultura científica de nuestra época en cuanto tan sólo la ciencia pura se presenta como conocimiento verdadero, exhaustivo, universal, mientras que la ciencia aplicada puede muy bien, procediendo empíricamente, ignorar la naturaleza de las fuerzas que está explotando, como muy a menudo se puede comprobar.

La verdadera investigación científica no puede tener otro objeto que la verdad. Si hoy de verdad se habla muy poco, si se insiste sobre el *bien de la humanidad*, eso se debe precisamente al imperio de la ciencia aplicada que así quiere justificar sus procedimientos desplazando el fin de toda ciencia que es teoría o sea conocimiento, hacia una *praxis* a la cual más o menos conscientemente se va atribuyendo mayor valor. Cabe precisar que este “bien de la humanidad” que se afirma tan enfáticamente, no siempre representa un verdadero bien, limitándose muchas veces a no ser más que una comodidad material no desprovista de inconvenientes. En todo caso siendo la verdad el bien propio de la inteligencia humana, ninguna ventaja de orden práctico, por notable que sea, puede compensar al ser humano por la pérdida incalculable que representa la generalización de tal actitud agnóstica.

La ciencia aplicada no puede cesar de existir; se necesita al contrario su permanencia, dado el orden de cosas existente; pero es sumamente importante que ésta siga teniendo conciencia de su inferioridad y de su subordinación a la ciencia pura, porque de otra manera se perpetuaría el peor de los empirismos, cuyos resultados podrían volverse desastrosos, sea en el sentido intelectual, que en sentido material.

Más otro es el aspecto de la cultura que nos hemos propuesto examinar en esta ocasión; se trata de la cultura en su conexión más estrecha con el hombre, su vida, su formación y no de un concepto adicional o accidental, en una palabra de aquella concepción de la cultura que se ha designado con el nombre de humanista.

Aunque se trate de una concepción que ya desde algunos siglos ha entrado a hacer parte integrante del patrimonio intelectual de Occidente, habiéndose presentado al parecer como una adquisición definitiva en la

opinión de muchas generaciones que nos ha precedido, esta cultura se halla hoy en las condiciones más precarias; pues se le ataca desde varios sectores y se pretende reglamentarla y reducirla, hasta excluirla de los planes pedagógicos, reemplazándola con otros criterios culturales que parecen haber alcanzado su maduración en la segunda mitad del siglo XVIII y durante todo el XIX.

Hostilidades abiertas se están manifestando en contra de ella, aun en algunos ambientes, los cuales, a pesar de su carácter tradicional en sentido religioso, no han seguramente medido con plena conciencia las consecuencias que llevaría consigo en todos los aspectos un total abandono del criterio humanista en el campo pedagógico.

Las críticas a la concepción de la cultura humanista se han concretado especialmente en una serie de consideraciones acerca de la pretendida falta de adecuación de esta cultura al mundo moderno y a sus formas peculiares de vida o sea a unas exigencias nuevas; críticas que no tienen nada sustantivo y cuyo argumento principal es un historicismo pragmático. Dejamos completamente de un lado por su artificiosa futilidad la argumentación marxista, limitándonos a constatar a este propósito un hecho bastante grave y significativo; el hecho de que los marxistas se hallan perfectamente de acuerdo con otros medios totalmente distintos y hasta opuesto en esta actitud despectiva hacia la cultura humanista, actitud que encuentra su coherente aplicación en unos planes de estudio en los cuales la especialización integral se presenta como surrogato de la cultura

Esta especialización consta, como todos sabemos, del conjunto, si así se le puede llamar, de todas aquellas doctrinas particulares que se han venido cultivando a partir del siglo XVIII, las cuales se presentan como estructuradas, en mayor o menor grado, sobre la base de métodos experimentales, propios de ciertas disciplinas científicas —de acuerdo con el sentido que suele darse por antonomasia a esta expresión en nuestros días— o sea propias de las ciencias naturales.

Antes de hablar de estas doctrinas especiales hay que considerar un instante cual pueda ser el resultado de esta substitución.

Aparece demasiado claro que de acuerdo con este nuevo plan, una cultura general podría todavía concebirse, pero ésta ya no podría ofrecerse como patrimonio intelectual de un individuo cualquiera.

La cultura humanista se concibe en relación con la posibilidad de una vasta cultura general a disposición de todo hombre que —teniendo la necesaria calificación intelectual—, logre una síntesis de aquellos

distintos conocimientos que él mismo ha asimilado, mediante sus propios esfuerzos; y aun con todas sus fallas, es todavía la única que puede ofrecer al individuo de la especie humana una visión integral y universal del saber.

Según la concepción que se le quiere oponer, una visión de carácter general será posible tan solo al individuo que revista la función de coordinador de un equipo de especialistas, pues la cultura general se imagina como si fuera la suma aritmética de todas las culturas especiales.

Mediante el sacrificio deliberado del individuo a la colectividad se opina que se pueda conseguir excepcionalmente el mismo resultado logrado por el humanista, más sacando el fruto del trabajo ajeno. Pero, para aceptar la poco atractiva idea de este sistema Bedaux intelectual habría que desconocerse un hecho innegable; que una síntesis armónica de distintos elementos culturales no es posible sin aquel imprescindible elemento asimilador y unificador que es la persona humana.

Esta planificación cultural, que recuerda demasiado de cerca los planes económicos a largo plazo en beneficio de ciertas economías de poder que desconocen el bienestar individual, muy en boga en los estados totalitarios y especialmente comunistas, ofrecería un ejemplo de sociedad en la cual la cultura general sería algo abstracto e inalcanzable para el individuo síngulo. Una cultura general sin hombres cultos.

En el caso de que en alguna parte de nuestro planeta llegara a realizarse una idea, ésta la cultura humanista se volvería un artículo de lujo, un asunto de autodidactas y los aficionados que están más lejos del tentáculo oficial quedarían como los únicos auténticos representantes de la cultura.

Dejando de un lado utopías como éstas, de muy poco probable realización sobre todo en medios latinos, no se puede desconocer sin embargo que existen otras posiciones críticas que parecen orientarse en sentido muy distinto. Hay fuerzas y muy poderosas que tienden a presentarnos la exigencia de un ensanchamiento de horizontes en el panorama humanista tradicional que aparece hoy a muchos un tanto estrecho y frágil en razón de los conocimientos histórico culturales de los cuales dispone el hombre del siglo XX.

Estas críticas tienden a demostrar que el concepto fundamental del humanismo no está necesariamente vinculado a perpetuidad con la cultura clásica de Occidente, y que puede muy bien extenderse a otras culturas que han logrado alcanzar aquellos caracteres de unidad y de universalidad que reconocemos a nuestra cultura antigua. Se propone

una concepción humanista que supere las barreras particulares del humanismo histórico. En efecto —y esto lo debemos sobre todo a unas disciplinas especiales— una aplastante documentación nos demuestra hoy que el florecer armónico de la cultura no fue privilegio de Grecia antigua, ni de Italia renacentista, pues se halla en otros lugares igualmente logrado.

Este descubrimiento es aquel que Osvald Spengler llama Copernicano.

Dice en efecto Spengler:

“Considero con el descubrimiento copernicano en el terreno de la historia el nuevo sistema en el cual la antigüedad de Occidente aparece junto a la India, Babilonia, China, Egipto, la cultura Arabe, la cultura Mejicana —podemos agregar también la Peruana— sin adoptar en modo alguno una posición privilegiada. Todas estas culturas son manifestaciones y expresiones cambiantes de una vida que reposa en el centro”.

Realmente creemos que un impulso hacia un humanismo integral, que se relacione con el hombre sin las obligatorias calificaciones del espacio geográfico o del tiempo histórico, pueda lograr uná visión más amplia y comprensiva, más consciente de lo que es esencial y de lo que es tan solo accidental en la cultura. Esta dimensión de amplitud que no pudo ser alcanzada antes, debido a la relativa o total ignorancia de culturas ajenas, no está en oposición con la dimensión de la profundidad, como pretenden los defensores del prejuicio clasicista que están luchando en los últimos reductos de un provincialismo retrógrado. Nuestra calidad de especialistas —aunque muy modestos por cierto— en la materia, nos ha permitido constatar que muchas afirmaciones de esta clase se fundan tan solo en falta de conocimientos. Para quien no padece de estas lagunas, resulta muy claro que no se puede negar por ejemplo a las culturas tradicionales de la China y de la India la dimensión de la profundidad. Al contrario pensamos que la peculiaridad de las formas propias de cada cultura universal permite en cierta manera de considerarlas todas como complementarias de verlas en el conjunto como unas réplicas en distintas tonalidades y matices, de una realización ecuménica de la cultura cuyas posibilidades ya no nos es lícito negar.

Se ha señalado el peligro de cierto relativismo que puede producirse al ensanchar los horizontes; sosteniéndose que una expansión puramente horizontal podría presentarse en perjuicio de lo esencial sacrificándose el carácter unitario y formativo de la cultura. Esto es lo que ha pasado con los enciclopedistas del siglo XVIII, que presentaban

un conjunto de noticias no relacionadas entre sí, interpretando muy superficialmente la palabra griega que escogieron para precisar su visión de la cultura; en efecto *Paideia* no se forma con simples noticias sino con verdaderos conocimientos intelectuales y *Kyklos* no quiere decir extensión desordenada y casual en el espacio, sino un orden de relaciones, círculos menores dentro de círculos mayores, una especie de acorde en el cual los intervalos entre una y otra nota, establecidos conformemente a unas leyes de eufonía, produce una unidad, en la cual la tónica mantiene su importancia fundamental.

En realidad, estas voces de alarma indican un peligro que existe tan solo para aquellos que no están en condición de distinguir entre las formas externas que son peculiares de cada cultura considerada individualmente —y en relación con éstas, unas consideraciones de carácter relativo pueden presentarse como perfectamente legítimas— con lo que es el fondo de estas culturas mismas, cuyo carácter común es la universalidad y adonde se afirma inconfundible —para quien sabe verla— la unidad fundamental del espíritu humano. Unidad que no es hipotética y que se reconoce al llegar a la esfera profunda e interior. No es extraño que los negadores actuales de esta unidad se cuenten entre aquellos que han perseguido tan solo conocimientos, naturaleza erudita y artificial, y que se hallan entonces desconectados de una realidad que cada disciplina especial no hace que volver a confirmar.

Este ensanchamiento de horizontes culturales nos demuestra que hemos trabajado en un campo muy angosto y que tenemos que revisar algunos criterios demasiado exclusivistas que no nos han permitido ver todas las creaciones del espíritu allá donde estaban, debido a la falta de elementos de comparación.

Un ejemplo de esta lamentable limitación que nos parece particularmente interesante es aquel que se relaciona con el patrimonio cultural del Perú, porque se refiere a uno de sus tesoros: el arte prehispánico. Es indudable que sobre las bases de la estética griega se hace imposible entender el arte precolombino. Pero juzgando mediante los más amplios y comprensivos criterios actuales, podemos ahora apreciar el arte peruano prehispánico en todo su valor y reconocer que hubo generaciones de peruanos para los cuales la adopción dogmática de unas líneas directrices exclusivamente griegas —o sea valederas para el conocimiento del arte griego o similares únicamente— han obstaculizado un juicio valorativo correcto. Se ha mirado lo peruano con ojos griegos a

pesar de todas las razones de orden tradicional que facilitan la comprensión a los de casa.

Existe otra razón para insistir acerca de la necesidad de un ensanchamiento cultural y esta es una razón de orden histórico. Los conocimientos actuales en este campo demuestran que es absolutamente imposible considerar al foco de la cultura occidental como un foco aislado.

Si hasta ahora hemos mentado la línea horizontal, que simboliza una expansión casi indefinida de posibilidades en el campo cultural, debemos afirmar que consideramos como obvia la existencia de una línea vertical, la que representa la altura y la profundidad de la cultura. Esta línea vertical consta de la cultura propiamente espiritual, lo que une la tierra con el cielo, esta vertical por la cual bajan aquellas influencias espirituales que dan a la cultura intelectual su orientación verdadera en el sentido superior.

En este sentido, cabe observar que si hoy podemos referirnos al humanismo como a una visión integral de la cultura puesta en relación con la vida, en contraposición al panorama totalmente distinto que nos ofrece la especialización, no tenemos por otro lado que olvidar que los humanistas de los siglos XV y XVI se preocuparon mucho más de volver a poner en vigencia todo elemento del mundo clásico que de conservar aquella visión ecuménica de la cultura que la Edad Media realizó especialmente en los siglos XII, XIII y XIV.

Lo que queremos decir es que en sentido histórico el humanismo de la Edad Moderna ofrece en algunos aspectos más bien una limitación que no un ensanchamiento de horizontes, limitación que se vuelve evidente si pensamos a la ostensible indiferencia manifestada por los más calificados representantes de aquella corriente hacia el mundo sobrenatural, y hacia todos los valores propiamente universales que sufrieron sus primeras bajas al afirmarse el individualismo y el subjetivismo en el campo de las letras y de las artes.

La misma definición de humanismo lleva consigo —como bien lo ha notado René Guenon— un acento sobre lo humano un sentido natural, que parece querer excluir todo elemento que trascienda este orden.

La posición del humanismo del siglo XV y XVI en su conjunto con respecto a los Principios religiosos no hace más que confirmar lo que se ha dicho ya “ad abundantiam” acerca del antropocentrismo que se afirma en aquella época.

Y esto nos anima a declarar que nuestro humanismo debe ser cosa

distinta en su orientación, y que si hablamos de humanismo integral entendemos esta integración en sentido total, en forma tal de que se pueda representar simbólicamente como un conjunto de proyecciones geométricas en toda dirección del espacio, adonde la línea vertical de elevación equilibra la línea horizontal de expansión.

Lo que queremos dejar bien asentado es que concebimos la cultura humanista en función del humanismo cristiano, aclarando que el uso de la palabra cristiano como adjetivo no entiende menguar de ninguna manera el carácter central y fundamental del Misterio de la Encarnación dentro de la visión cristiana del mundo: o sea no entiende “separar lo que Dios ha unido”.

Nos hemos referido antes a unas fuerzas que impulsan las corrientes culturales actuales en un sentido opuesto al del humanismo; estas fuerzas nos llevan hacia aquel conjunto de ciudades amuralladas que son los reinos de las distintas especialidades. Para el viajero que se adentre en ellas existe una serie de descubrimientos interesantes, aunque de interés particular. El requisito que debería poseer aquel viajero sería el de haber viajado bastante y adquirido conocimientos suficientes sobre el mundo, para poder observar con buen criterio todo lo que se le ofrecerá en estas ciudades.

Faltándole tal condición previa, su conocimiento quedará incompleto y aislado; podrá hasta contraer una deformación mental que lo descalifique en cierta forma para acercarse otra vez a todo lo que es verdaderamente cultura.

“Toda ciencia considerada aisladamente —dice el Card Newman— tiene una significación distinta de la que tendría de ir unida a otra u otras ciencias. Si nos preguntamos como se han formado estas ciudades amuralladas, debemos contestar que el proceso —que nos aparece lógica e históricamente claro— tiene su génesis en los mismos estudios humanistas. La invención de la imprenta, coetánea del humanismo, debía por lo demás llegar algún día a producir aquella consecuencia en el orden cuantitativo que está representada por la inmensa mole de libros publicados desde el siglo XV hasta hoy. Aun notablemente reducida mediante la aplicación de un criterio cualitativo, esta misma mole impone una dirección especial al lector contemporáneo, desde el momento en que el ciclo temporal de la existencia terrenal del hombre no se ha modificado en conformidad del multiplicarse de los libros. De otro lado alguna de las especialidades de mayor importancia —por ejemplo la filología— surgieron en medios humanistas y por obra de humanistas históricamente

conocidos y esto no fue en suma más que el inicio de un proceso que debía seguir fatalmente su camino.

Presentar la especialización como una novedad absoluta, propia tan solo de la Edad Moderna, constituiría por otro lado un error que implicaría el desconocimiento de algunos casos de especialismo que se produjeron entre pueblos antiguos.

Cuando Heródoto se extrañó al ver que los médicos egipcios de su época se habían especializado en su profesión análogamente a como hoy se hace demostró tan sólo que la especialización en aquella época era cosa excepcional pero nos documentó sobre su existencia. Los geománticos chinos que era preciso consultar al construir una tumba o una habitación se presentan también como unos ejemplos de antiguos especialistas así como los gramáticos hindúes de la escuela de Panini.

Pero la generalización del especialismo se puede indicar como característica de nuestra época.

Como fenómeno cultural la especialización —que se formó entre los siglos XVIII y XIX— puede ser interpretada en dos maneras distintas y hasta opuestas. Se le podría ver como el resultado de la maduración de un proceso cultural separativo, cariocinético en vista de una mayor aclaración y precisión de datos analíticos.

También se le podría interpretar utilizando la aplicación de un pensamiento de Plotino, como la prueba del descenso de la inteligencia hacia unos aspectos secundarios y subordinados, que antes se habían desechado por su carácter subalterno. Esta sería la evidente manifestación de que la cultura ha llegado en su decadencia al último límite que se puede concebir, pero el proceso estaría conforme con el necesario agotamiento de todas las posibilidades, aun de orden inferior, para acabar con un ciclo determinado, alcanzando en el último momento de este proceso al máximo alejamiento de los principios espirituales.

La especialización podría entonces presentarse como una prueba de evolución o como un índice de involución, según el punto de vista desde el cual se pone el observador.

Pero, de cualquier manera se interprete el fenómeno es cierto que las especialidades han ofrecido una notable contribución a la cultura, volviendo a veces a poner en uso caminos antiguos y olvidados. Existe un aporte concreto y objetivo que no se puede negar, aporte que hay que separar con mucho cuidado de las múltiples teorías que lo acompañan, acerca de las cuales hay que hacer muchísimas reservas.

Y hay que recordar que uno de los más grandes méritos de los

especialistas es aquel de haber contribuido, contradiciendo en algo sus intenciones, a consolidar muchas tradiciones antiguas y a favorecer el proceso de integración de la cultura humanista del cual hemos hablado antes.

Acerca de la legitimidad de aquellas murallas que separan una disciplina especial de otras, hay que observar que si el carácter particular de cada una de estas ramas las condena todas a una visión parcial y unilateral, existe también un sentido legítimo por el cual la limitación metódica tiene por supuesto su razón de ser. En cualquier estudio o investigación, la limitación del campo se hace indispensable para evitar el peligro de la divagación inconcluyente.

El límite se constituye de por sí en el momento mismo de escoger un argumento para un estudio, para un libro. Sin la concentración de todos los esfuerzos en una sola dirección es muy difícil que se ofrezca la posibilidad de alcanzar unos resultados positivos. Hasta las culturas que exigen la mayor amplitud en el sentido ecuménico, como aquella que se pide a los filósofos, han debido polarizarse y limitarse al momento de estructurarse dentro de una doctrina.

Para cualquier clase de actividad del hombre, evitar la dispersión de los esfuerzos, constituye una antigua receta de sabiduría.

Pero, ponerse unos límites, no significa ignorar lo que está más allá de aquel límite: no significa tampoco negar la existencia de algo común entre el campo cercado de nuestra ciudad y el de todas las demás. La mentalidad de muchos cultores de las ciencias especiales manifiesta en este sentido inconvenientes muy graves. Uno de ellos estriba en no querer reconocer que no existen problemas tan específicos para cada especialidad que no se vinculen con los problemas de otras especialidades, y que por lo tanto ninguna especialidad tiene el derecho de proclamarse autónoma, ni siquiera dentro de su campo mismo de acción, cuyo enfoque nunca podrá considerarse exhaustivo, porque abarca el asunto desde un ángulo especial. En el sistema de venas capilares de la cultura constituida por la especialización moderna, esta autonomía que provoca tantas celosas polémicas no puede ser que la ilusión derivada de la miopía de unos especialistas entre los menos sagaces, que quieren obligar la ciencia a delimitarse a la medida de sus propias limitaciones intelectuales. El monopolio de una especialidad sobre una fracción de la cultura llevaría consigo la negación de la cultura misma.

Si recordamos la pregunta de Pilato: ¿qué es la verdad? tenemos que pensar para hacer justicia a la antigüedad clásica, en la decadencia de

ciertos valores en el mundo romano en aquella época y esto para no ofender la magna sombra de Platón en cuya boca no hubiera sido concebible una pregunta de esta clase. Pero si tuviésemos que juzgar a nuestra época de los numerosísimos pilatos que existen entre los especialistas tendríamos que llegar a conclusiones muy poco halagadoras para nuestra cultura actual.

Llegamos al inconveniente más serio de las ciudades amuralladas; la negación de lo que está más allá de la muralla. Su arbitrariedad resulta parecida al significado de aquella hermosa fábula hindú, en la que unos pollitos afirmaban que el mundo termina en el umbral del gallinero, hasta que vino una gallina a explicarle que el mundo termina más allá, en el patio.

Por otra parte existe un asunto sobre el cual no se ha suficientemente detenido la atención de los especialistas. Se han escogido unos nombres griegos para definir estas modernas especialidades, pero esto no se ha hecho por motivos tradicionales, los que hubieran obligado a los cultores de esta disciplina a conformarse al significado etimológico del léxico utilizado. La elección fue debida a motivos rutinarios y convencionales, faltando otra terminología más precisa y adecuada al contenido de estas disciplinas.

Estos nombres griegos han sido tomados a préstamo de una mentalidad que no se puede moldear de acuerdo con las ideas de la especialización moderna; por lo que suelen expresar contenidos muy distintos a veces. Esto ha creado problemas bastante complejos en cuanto que estas especialidades quedan muy mal definidas mediante aquellos nombres.

Además los límites entre una y otra especialidad permanecen tan imprecisos y fluctuantes, que se manifiesta a menudo la tendencia a crear conflictos entre ciencias especiales similares, reclamando cada una de ella con exclusión de otra, la propia competencia en un determinado terreno.

Estas discusiones que parecen tender a perpetuarse, ofrecen su lamentable contribución a la vegetación tropical de teorías contrastantes, las que crean en los estudiantes notable confusión, dándoles la sensación de que cada problema quedará siempre insoluble.

No se trata por supuesto tan sólo de un inconveniente derivado de una nomenclatura inadecuada, mas es evidente que la imprecisión de la nomenclatura y el distinto significado que cada especialista atribuye a las mismas palabras en su propio léxico de casa, son una prueba de cierto

carácter caótico presente en los conocimientos actuales, del cual la especialización lleva la más grave responsabilidad.

No hablamos de la negación de lo que trasciende verticalmente las ciudades amuralladas, la negación del cielo que resplandece por igual sobre todas las ciudades. Esta es la negación de unos principios superiores sin los cuales cada ciencia toma un carácter mecánico y desprovisto de inteligencia y de interés humano, es el carácter no creador de la TECNE que esteriliza la ciencia misma y rebaja el nivel de la cultura.

Así tal vez se explica la increíble ingenuidad de algunos ilustres especialistas cuando salen del marco de su disciplina y la pacífica aceptación de las más extrañas contradicciones, y otras faltas de cultura general demostrada a menudo por muchos cultores de especialidades, lo que nos prueba que existe realmente un sector de especialistas cuya concepción del saber se podría definir como la doctrina de lo secundario, de lo marginal y de los residuos, fuera de los cuales se manifiesta la más asombrosa inexcusable ignorancia.

En este caso la muralla es un amparo que no tiene la capacidad de defender de las censuras que vienen desde afuera y con toda justicia.

Para esta clase de hombres suenan con singular actualidad las siguientes palabras de Dante:

“Pues ellos ponen su costumbre sólo en algún arte singular y ya no tienen interés en discriminar las cosas, ya no pueden tener un originario sentido de discreción... A estos conviene llamarlos ovejas y no hombres, pues cuando una oveja empieza a saltar desde una roca de mil pies, todas las otras las siguen, y si una oveja empieza a saltar cuando va por la carretera todas las otras saltan también, aun cuando no hay nada que saltar”.

Nos parece que la conexión con los principios de orden superior, es la condición necesaria para que una disciplina especial conserve su derecho de ciudadanía en el imperio universal de la cultura.

Hay que reconocer que el hombre moderno se ha ejercitado desde algunos siglos en un trabajo de disección y de análisis que lo ha arrastrado más y más hacia la apreciación de lo que se presenta como puramente cuantitativo, renunciando muchas veces a reconocer la relación que existe entre todo elemento de la cultura y su propia condición de ser humano. El hombre moderno creador de museos ha querido al parecer transformar la cultura en un enorme Museo adonde se exponen detrás de unas vitrinas una serie bien clasificada de objetos sin vida, arrancados de los lugares y de las circunstancias en las cuales se les ha

encontrado, cuya presencia sirve a satisfacer el interés específico de aquellos que están familiarizados con estas clasificaciones nominalistas. Una cultura sin alma; pues el lugar del alma, lo han tomado unos destellos de fenómenos psicológicos de orden inferior, mediante los cuales se quiere explicar la razón de ser de aquellos objetos, que habiendo quedado mudos y aislados, no pueden contradecir a las interpretaciones que se ofrecen para explicar al gran público su existencia en el pasado; interpretaciones que casi siempre se inspiran en un pragmatismo positivista, por el cual toda cultura pasada se explica con argumentos que tienen valor tan sólo en nuestra realidad actual.

Se ha querido y se quiere transformar la cultura en algo parecido a un viaje turístico, tal como pueden concebirlo y organizarlo unas agencias de aquellas que no escasean en nuestros días, adonde mediante unas explicaciones estereotipadas se llega a falsear hasta el mismo contacto del viajero con los lugares y con los objetos.

Entonces la cultura humanista se presenta todavía y más que nunca como un ancla de salvación para la inteligencia humana, reafirmando la capacidad de síntesis que estriba en sus posibilidades, el buen uso de los talentos que Dios nos ha dado. Muy especialmente en este mundo de autómatas, de resortes y de máquinas la cultura humanista tiene su razón de ser, y su función formativa se presenta indispensable en nuestros días. Su carácter desinteresado dentro de un mundo que confunde a menudo la ciencia con la utilidad práctica, ofrece una garantía suficiente contra la concepción de una cultura mercenaria, porque la concibe como el cultivo de la mente frente a Dios, y en segundo lugar para un verdadero beneficio de la humanidad, un beneficio auténtico para el cual no hay posibilidad de sorpresas desagradables cual puede ser el descubrimiento y el uso de las bombas atómicas.

El hombre culto moderno seguirá siendo un hombre de cultura humanista, pero al mismo tiempo las razones que hemos indicado le ofrecerán también la posibilidad de cultivar una determinada especialidad, pues las dos cosas no son antitéticas si no se ponen en unas esferas opuestas e integrales.

Pero lo que debe quedar bien claro en la conciencia de todos nosotros es que debemos estar dispuestos en cualquier momento a luchar para defender la libertad de la cultura, libertad de escoger, libertad de encauzar nuestros estudios según nuestras tendencias, luchando abiertamente en contra de toda planificación colectivista o esclavización económica.

Mirando ahora el Perú, sería por supuesto superfluo insistir en la preclara tradición humanista peruana, que ha dado frutos tan notables y sabrosos en el pasado, y que sigue dándolos en el presente, con sus filósofos desde Deustua hasta Víctor A. Belaunde, Mariano Iberico, A. Wagner y Honorio Delgado, con sus historiadores desde José de la Riva Agüero hasta Jorge Basadre, Raúl Porras y el P. Vargas Ugarte, con sus poetas, sus ensayistas, sus narradores.